La ronda de las manos limpias

Por Shyvirelle

La antigua lavandería del Puente llevaba tantos años cerrada que la gente había olvidado de qué color eran sus paredes. Desde la calle se veía una sucesión de azulejos amarillentos, como dientes detrás de una boca oscura. Eloy los observó antes de aceptar el trabajo. Había restaurado fachadas, pilas bautismales y cocinas donde cuatro generaciones dejaron su grasa. Nunca había trabajado en un lugar que oliera a ropa recién planchada después de medio siglo de abandono.

—Quiero la pared blanca —dijo la dueña, doña Albina, sin darle la mano—. Ni inscripciones ni recuerdos. La alquilaré en cuanto termines.

Eloy vio una hilera de manchas a la altura de los hombros. La primera parecía la palma abierta de alguien que hubiese apoyado la mano para no caerse. Debajo asomaban unas letras oscuras. Albina acercó su bastón.

—Eso también. Aquí inventaban nombres para todo. No te entretengas leyendo.

El primer día, Eloy limpió una sola pieza. No empleó nada extraordinario: agua, paciencia y el procedimiento prudente que usaba con superficies antiguas. La mancha cedió por los bordes. Entonces, donde había quedado una sombra plana, surgió el dibujo de cinco dedos, tan finos que parecían trazados desde el otro lado del esmalte. Uno tenía la punta doblada.

Se apartó para mirar. En la palma de su mano izquierda apareció una línea gris, recta, como la marca que deja una cuerda apretada. Se lavó en el lavabo de servicio. La línea permaneció. Cuando levantó la vista, la mano dibujada en el azulejo ya no estaba.

Volvió al día siguiente con la idea de que había rozado alguna superficie manchada. Se puso guantes, fotografió la pared antes de tocarla y numeró las piezas en su cuaderno. El dibujo no figuraba en la fotografía tomada al llegar; la marca sí estaba en su piel. En el segundo azulejo apareció una mano pequeña, con un pulgar rígido. Al pie, bajo una costra opaca, se distinguía la primera sílaba de un nombre: «Me...».

—¿Quién trabajaba aquí? —preguntó desde la puerta.

Albina siguió ordenando llaves en una caja.

—Mujeres. Algunas, hombres. La gente necesitaba lavar ropa. No investigues una fábrica de fantasmas.

Eloy no tocó esa segunda pieza. Se fue al antiguo mostrador, donde había encontrado un cajón con tarjetas de entrega. Casi todas llevaban el nombre de una familia y una fecha. En el fondo había otro paquete, atado con hilo: papeletas de jornales. Una decía «Mercedes Arce». A su lado, en tinta roja, alguien había escrito «cuatro dedos útiles».

Regresó al azulejo y leyó el nombre en voz alta. La mano dibujada no se movió. Cuando limpió únicamente alrededor de las letras para conservarlas, tampoco apareció ninguna señal nueva en su piel.

Aquello era peor que una aparición. Parecía una regla.

En los días siguientes trabajó por pequeñas zonas, sin borrar ni una sola inscripción que no pudiera identificar. Una palma surgió junto al nombre de Julián Sosa, encargado de las calderas;

otra llevaba un anillo marcado sobre un dedo hinchado. Algunas figuras parecían pedir ayuda. Otras, hacer una advertencia. No eran decoraciones escondidas bajo la suciedad: las vetas cambiaban cuando Eloy levantaba la vista, como si la pared eligiera qué mostrar a quien la miraba.

En el suelo halló un libro de pagos camuflado entre catálogos de manteles. Había gastos ordinarios de carbón y jabón, pero también partidas sin firma: «por la caída, para que no se diga»; «por la mano de Mercedes, acuerdo en privado»; «para la familia de Julián, a cambio de retirar el aviso». Los pagos no probaban por sí solos cómo habían ocurrido los accidentes. Sí demostraban que alguien había registrado dinero destinado a callarlos.

Eloy colocó las papeletas y el libro sobre el mostrador. Comprendió que las manos eran el único testimonio que quedaba en un lugar donde cada firma había sido sustituida por una suma.

La dueña llegó al mediodía y vio las inscripciones descubiertas.

—Te contraté para limpiar —dijo, sin alzar la voz.

—Estoy limpiando. También estoy encontrando nombres.

Albina le mostró el contrato. Una cláusula hablaba de «entrega de superficie uniforme». Otra fijaba una penalidad si tardaba más de dos semanas. Eloy necesitaba ese pago para terminar la reparación del techo de su casa.

—Esa gente está muerta —añadió ella—. ¿Qué van a ganar con que vuelvas a ponerlo todo a la vista?

—No lo sé. Pero hay una diferencia entre no poder devolverles nada y quitárselo otra vez.

Albina dejó la caja de llaves sobre el suelo. A la tarde, Eloy descubrió que alguien había cubierto con pintura blanca tres azulejos donde acababa de leer apellidos. No era una pared sucia: era una pared silenciada de nuevo.

Esa noche volvió sin herramientas, con una linterna y una copia de las papeletas. La lavandería estaba oscura, salvo por la franja de luz que entraba desde el mercado. Una nueva mano ocupaba el último azulejo del pasillo. Bajo ella asomaba el comienzo de «Lidia». Eloy se arrodilló. Recordó el primer día: había borrado unas letras sin preguntar a quién pertenecían. No sabía todavía el nombre de aquella primera persona. La línea gris de su palma se había oscurecido hasta formar un pliegue idéntico al de una mano ajena.

Al otro lado de la sala oyó el arrastre del bastón de Albina.

—Mi padre pagaba para que siguieran trabajando —dijo la mujer—. Si cerraban, todos se quedaban sin sueldo. Cuando heredé esto, encontré los papeles. ¿Qué querías que hiciera? ¿Llenar la calle de desgracias viejas?

—Podías haber guardado los nombres.

—Los guardé. En una caja.

—Una caja que nadie podía abrir.

Albina se acercó a la pared. Su mano, extendida sobre el azulejo de Lidia, dejó en el esmalte una huella pálida que se llenó de sombra desde el centro. Retiró los dedos aterrada. Eloy vio, por primera vez, que también ella llevaba en la palma una marca que no pertenecía a su cuerpo.

La dueña le ofreció el doble por acabar al amanecer. No le pidió que negara nada; le pidió que dejara una pared blanca, «para que todo esto descanse». Eloy imaginó las manos entrando una por una en su piel, hasta no reconocerla. Después pensó en Mercedes y en la anotación cruel sobre sus dedos.

—No voy a borrar otra —contestó.

Pasó dos días preparando un inventario. Fotografió cada azulejo antes y después de retirar la suciedad superficial; copió fielmente los nombres que alcanzó a leer y marcó como «sin identificar» los que no pudo descifrar. Separó los pagos comprobables de las hipótesis sobre accidentes. Cuando un nombre no coincidía con una papeleta, escribió «vínculo por confirmar», sin completarlo de memoria. No quiso inventar para reparar un silencio.

La pared quedó desigual. En el centro subsistía una zona oscura, llena de manos; a los lados había baldosas limpias y otras sin tocar. Albina reclamó el incumplimiento del contrato. Eloy le devolvió una parte del anticipo, renunció a la suma final y pidió a las familias localizadas autorización para hacer públicas las papeletas. Algunas aceptaron con su nombre; otras solicitaron que sus datos personales no salieran del archivo. Él respetó ambas decisiones.

El primer sábado colocaron un panel en la fachada: «Trabajadores de la lavandería. Inventario abierto a rectificaciones». No lo inauguraron con discursos. Llegó una mujer anciana que señaló una mano con dos dedos juntos y dijo que reconocía el gesto con que su madre comprobaba las sábanas. Corrigió una fecha, añadió un apellido y lloró sin que nadie la interrumpiera.

Desde entonces no apareció ninguna marca nueva en las palmas de quienes cuidaron la pared. Eloy lo comprobó durante semanas, sin convertir la observación en una explicación definitiva. La lavandería no volvió a funcionar; la sala quedó abierta algunos días para que el inventario pudiera consultarse y corregirse.

Solo la mano de Eloy no recuperó del todo su aspecto. En la palma izquierda permaneció un pliegue fino, como el de una cuerda que ya no estaba. El nombre de aquella primera persona seguía incompleto en el libro: «Li...». Cada vez que alguien sugería rellenarlo por deducción, Eloy negaba con la cabeza.

—Todavía no sabemos quién era —decía.

Y dejaba el espacio en blanco, visible, hasta que alguien pudiera decir la verdad.